



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

Rocco Carbone | Matías Muraca
(Compiladores)

La sonrisa de mamá es como la de Perón

Capusotto: realidad política y cultura



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

¡Yo sólo hago pop! Micky Vainilla y una crítica a la sociedad pos (?) menemista

Matías Muraca

Pensar la política desde lo extremo a veces sirve para radicalizar las argumentaciones y aclarar los puntos de vista. En este breve ensayo nos proponemos pensar o polemizar sobre los contenidos políticos e ideológicos de la sociedad pos (?) menemista. Cómo leer lo que quedó, lo que cambió y lo que persiste en estos primeros años del siglo XXI. Cómo hacerlo en un momento de profundas transformaciones políticas y sociales, en donde los sentidos mismos de la política aparecen en tensión. Para decirlo de otro modo, cómo hacerlo en un momento en donde las propias categorías centrales de la política (democracia, república, pueblo) aparecen por su parte también tensionadas en la búsqueda de un sentido que (si bien no unívoco) logre consolidar una forma de pensar lo social.

Para hacer esto sugerimos que un buen lugar para mirar y preguntarse sobre lo que cambia y lo que persiste (si es que algo cambió y algo queda), es en las radicalizaciones cómico-grotescas logradas por los personajes creados por Diego Capusotto y Pedro Saborido en el programa de televisión pública *Peter Capusotto y sus videos*. Bombita Rodríguez, el Emo, Micky Vainilla, Pomelo y otros personajes logran poner en evidencia no una, sino múltiples Argentinas, logran referirse no sólo a nuestros presentes sino que nos obligan a reflexionar sobre nuestros pasados recientes. Al hacer esto, Capusotto y Saborido logran dismantelar un aparato discursivo que no dejaba ver o, mejor todavía, no nos dejaba hablar, poner en palabras, ciertos aspectos nodales de nuestra sociedad profundamente liberal y dudosamente democrática. Una sociedad que se diluye en individualismos extremos y manifestaciones cotidianas de racismos, sexismos y machismos. Los personajes de Capusotto y Saborido recogen el guante de esa sociedad híperindividualista que, sobre todo por sus silencios, esto es, por sus falta de palabra, deviene en una sociedad inconcientemente fascista o, por lo menos, radicalmente autoritaria. En

un giro grotesco Capusotto y Saborido les ponen palabras a los silencios que naturalizan una sociedad gravemente derechizada.

Uno de los personajes más interesantes para pensar esta sociedad *post es*, sin dudas, Micky Vainilla. ¿Quién es ese personaje?, ¿qué hace?, ¿para quién lo hace? Y, una vez aclarados estos puntos, una vez que conocimos a Vainilla la pregunta que incomoda, ¿a quién desnuda Vainilla? O, mejor, ¿a quién le pone palabras? Sin embargo no es el único personaje del *sketch*. Aparece otro, casi contrabandeado, de pocas palabras, pero de gran importancia. Ese otro (sin cuerpo) es apenas una voz, son apenas palabras que desde detrás de las cámaras interpela a Vainilla, se trata del entrevistador indignado que interpela, la voz *en off*.

Una breve presentación de nuestro primer personaje es obligada. Micky Vainilla es la encarnación de un cantante de música pop que es nazi. Vainilla no sólo tiene el típico bigotito de Hitler y se peina con el flequillo cayendo laciamente hacia la derecha, sino que todas sus letras poseen contenidos racistas y xenófobos. Más aún, Vainilla, una estrella de la música pop, que «sólo quiere ver a los chicos bailar y divertirse» promociona el postre *Teresito* «ideal para que tus hijos crezcan sanos, fuertes, rubios de piel clara [...] para destacarse en la competencia de la vida y crecer alejadísimos de la línea de pobreza» y nos invita a pasar un buen rato en el parque de diversiones *Hitlerama*, donde nos recuerda de concurrir con los certificados de salud y raciales correspondientes. Una nota más, Vainilla es un cantante *pop*, no es *heavy metal* no es *dark*, tampoco *hard*, ni siquiera es *rock*, se reivindica como *pop*. Desde ese lugar, el conflicto es desterrado de sus presentaciones. Micky nos invita a mirarlo a los ojos, abrir nuestras mentes y nuestros corazones y nos aclara una vez más que él sólo quiere «ver a los chicos bailar y divertirse», sin conflictos, sin ruidos, sin política lo más abiertos posibles, ya que él sólo hace *pop*, *pop* para divertirse.

La estética de Vainilla no resiste sospechas: es fascista, nazi, y condenable con un acto reflejo. Las letras de sus canciones tampoco resisten la crítica, pero sin embargo invitan a una tipificación. ¿Cuáles son los temas de Vainilla? En este punto me gustaría señalar por lo menos cuatro nudos problemáticos: el primero es racial, «una cuestión de piel». Aparecen aquí, como referencias anónimas los morochos y los latinos, cuya pertenencia social y cultural es dual. Por un lado y naturalmente (su condición natural) es el delito. Por otro, esa condición es salvable, excepcionalmente, cuando se ocupan de las tareas invisibles no deseables de la sociedad. Pertenecen al gremio de los servicios, nos dice Vainilla en un pegadizo ritmoailable. Son potencialmente un peligro social, tienen una tendencia natural al delito y a la agresividad, por eso cuando los encontramos en el *country* cerca del *club house* y nos «asustamos»,

enseguida nos dice «ino te preocupes!, esos morochos, no son hostiles, son albañiles... obedecen y son gentiles», o cuando los vemos en la disco *pero* como «el morocho es empleado... todo bien». Todos ellos se van siempre, al terminar sus trabajos, a sus casas en el Conurbano. También el latino, inmigrante, que es pobre y viene en hojotas, merece un trato preferencial. Debe ser «arrestado de antemano», preventivamente, podríamos agregar a tono con las políticas locales de seguridad (a tono con la política exterior imperial). La medida educativa, tres o cuatro años de averiguación de antecedentes, son necesarios para que «vuelva a su país y no le quite el trabajo a los argentinos». Esas personas, de color, pobres, latinos (o sea, bolivianos, paraguayos, jujeños, salteños, en fin todo lo que está más allá de la frontera natural del país, que es al norte de la General Paz) comparten varias cosas, son «peligrosos» y las autoridades, el poder de policía, debe intervenir. Son pobres, feos y decididamente, visten mal. Esto nos lleva al segundo tema.

Lo estético es, entonces, otro de los nudos temáticos en los *clips* de Vainilla. Los gordos y los feos, son una preocupación del cantante *pop* que no hay que ignorar. Es más, hay que señalarlos, acosarlos, atosigarlos, que se sientan «una mierda». En la fiesta, la chica linda (flaca, rubia, bien vestida) lleva algo que no combina, *su amiga excedida de peso*. A la «gorda», fea, hay que esconderla en un lugar donde no se vea, como ese cuadro que no nos gusta o un florero viejo que interrumpe la estética del living de nuestras casas. ¿Qué hacer?, es la pregunta leninista de Vainilla, la respuesta (ahora fascista) cae de maduro: sacar el cuadro, el florero y la obesa. Hay que dejar los obesos y los feos a un lado, hay que aislarlos, ignorarlos, humillarlos, despreciarlos, hay que hacerles sentir su inferioridad, que son insectos, babosas. Vainilla no lo dice, pero podría agregar, que hay que hacer campañas de modas y talles de ropas que nos les queden, que los condenen al ridículo al momento de comprar un pantalón o una camisa. Los gordos y los feos no saben vestir.

El tercer punto es el problema de la igualdad, las distintas «razas»: morochos, bolivianos, orientales etc. son iguales, hermanos entre sí, e inferiores. Micky no hace «diferencia, pero el morocho le molesta». No hay diferencias, más aún, es injusto que haya diferencias entre chinos y dominicanos. El deber ser, es el blanco, el extranjero querido es el europeo. Hay que preocuparse porque el europeo se sienta como en casa, para que Vainilla se sienta (y nosotros con él) un europeo.

Finalmente el tema de la casa: la familia, como una referencia del barrio, la ciudad y el país. Las analogías de la casa terminan de cerrar los fascismos, racismos y xenofobias de los temas de Vainilla. «Buenos Aires... sensual», nos canta erotizado Micky, desde el sofá del living de su casa, que está en la Avenida 9 de Julio, a los pies del Obelisco.

Podríamos brillar, nos dice, pero la ciudad «esta llena de mendigos, chicos que venden estampitas o inmigrantes comiendo chipá». Hay que limpiar la casa, o sea la ciudad, si bien todos tenemos libertad de circular, es necesario ordenar, hay que poner un horario para que los morochos y los latinos circulen, coman y después limpien, para que la ciudad quede «limpia, respetable y hermosa para ver». Si Buenos Aires es su casa y Argentina es su hogar, se vuelve lógico que no queremos ver gente comiendo chipá y tomando vino en caja en el living de nuestras casas, tampoco vendiendo y dejando miguitas por todas partes. El barrio, recuerdo de la infancia pura ya no es igual para Vainilla. Ahora vive ahí gente de piel oscura y de países vecinos.

Pero, decíamos unas líneas más arriba, ése no es el único personaje que aparece en el *sketch*. Hay otro que sin escandalizar, en principio, debe ser objeto de una crítica preocupada en estas líneas para escandalizar, al final. Este segundo personaje queda en la *voz en off* que, cual entrevista de MTV, interpela metódicamente a Vainilla. La *voz en off* cuestiona democrática y progresivamente la autenticidad fascista y nazi de Vainilla, interpela punto por punto los aspectos más agresivos del cantante pop. Hasta ahí, el entrevistador es una prudente voz moral escandalizada frente al cantante nazi. Sin embargo, esa crítica bienpensante tiene dos momentos que es interesante diferenciar: el primero es la crítica al nazismo evidente de Vainilla, el cuestionamiento del peinado, del bigotito y de los actos con svásticas de los que participa nuestro músico. Esas referencias inmediatas son las que evolucionan cuando Vainilla comparte sus *videoclips* y nos hace escuchar su música pop de donde emerge una rancia derecha argentina, racista, xenófoba y fascista. El primer momento, entonces, es banalizado por Vainilla volviéndose él mismo banal e ingenuo. Cuando el entrevistador acusa al músico por su estética inmediatamente identificable con la de Adolf Hitler, Micky responde, tontamente, mirando la cámara y la nada, «Hitler... ¿es un cantante de música pop?, ¿Nazi...? Te referías a André Agassi, el tenista... no juega más». Vainilla es inverosímil, increíble, sus respuestas bobas muestran al nazi que sólo niega, acorralado, las acusaciones morales del entrevistador. Este momento, podríamos decir, de nazismo epidérmico es eficazmente condenado por *la voz*.

La riqueza, el problema, y la necesidad de realizar una crítica de *la voz* se presenta, sin embargo, no con el nazismo evidente y gestual de Vainilla, sino cuando se topa con el fascismo argumentado del músico pop. Con su justificación liberal, de derecha y reaccionaria, al mejor estilo «roban pero hacen», Vainilla se enerva ante las críticas bienpensantes de la voz y arremete con una contrargumentación: «¿vos sabés lo que estamos haciendo con lo recaudado?», increpa gravemente. Aquí la tortilla se

vuelve, el entrevistado se convierte en interrogador y ataca a *la voz*, y *la voz* incapaz de resistir el interrogatorio claudica, consiente y dice «ah... no, no sabía». Ya no importa que lo que se hace con lo recaudado es un basural para que los niños pobres revuelvan basura en las vacaciones de invierno, ni un viaje al otro lado de la frontera para que visiten a sus parientes y no vuelvan, un muro simplemente para que «no los veamos» o colocar botellas de agua en la basura así los pobres, además de comer, pueden tomar algo. O mejor, si importa lo que se hace con lo recaudado, se trata de un fascismo argumentado (berretamente), pero con una pequeña articulación que denuncia la pobreza de la crítica progre de *la voz*. La contrargumentación incontestada presenta así el consentimiento progre culposo de una voz que hasta unos momentos sentíamos como propia. Y es justamente en ese punto en donde el *sketch* se sale de la ficción y mete los pies, de lleno, en el barro de nuestra sociedad posmenemista.

Es en ese momento en el cual nos convertimos en partícipes de la ficción o al revés, la ficción se convierte en realidad (o las dos cosas a la vez, ya que sobre eso descansa el grotesco). Lo que Vainilla había anunciado en sus primeras presentaciones –«mi música le gusta a la gente de Buenos Aires, la juventud me sigue feliz, todos los fines de semana»– se confirma, uno podría decir «cierra», cuando interviene *la voz* con su cuestionamiento moral para enseguida quedarse (ella también) sin palabras. Cuando *la voz*, *la gente*, delata sus propios límites y consiente para que Vainilla siga cantando al ritmo del pop, cuando *la voz* hace propios (al callar) los argumentos de Micky. Es ahí, entonces, cuando Caupusotto y Saborido construyen en Vainilla uno de los espejos posibles de nuestra sociedad. Un espejo en donde no nos gusta reflejarnos, pero un espejo que nos grita grotescamente, cómicamente, trágicamente y nos dice algo que no es muy bonito, nos dice que a la gente y a la familia de Buenos Aires nos gustan sus canciones (xenófobas, fascistas y racistas) y básicamente él, que es un cantante pop... nazi. Pero nos dicen además, malamente, tristemente, que esta sociedad o parte de ella, suficientemente culta para identificar al nazi y rechazarlo, al mismo tiempo es también lo suficientemente pobre, tonta, como una vaca que va al matadero, cuando ese nazismo da (nos da) una argumentación, una interrogación, un «roban pero hacen», que la gente va a asumir y reconocer infelizmente como propia. Ahí, *la voz* (y la sociedad) parecieran claudicar y consentir. En ese silencio de *la voz* (y nuestro) todas las posiciones de Vainilla, todos los temas de los videos se convierten en temas de *la voz*, de *la gente*.

La pregunta obligada es dónde aparece Vainilla fuera de la ficción, dónde emerge en la realidad. La pregunta necesaria (y vergonzante) es

dónde aparece *la voz* en la sociedad. Con respecto a la primera pregunta, sobre la Argentina fascista, de derecha, creo que un buen lugar para indagar eso serían los temas de los temas de Micky Vainilla. Unas líneas más arriba sugeríamos una tipificación posible de las temáticas de los videoclips: la raza, la estética, la igualdad y la casa. Es interesante ver cómo esos temas (re)aparecieron, de manera silenciosa y cómplice, en uno de los conflictos políticos más graves del año 2008. En efecto el conflicto «del campo», nos permite tomar nota de una buena cantidad de lecciones; la dificultad de afectar las rentas extraordinarias de los sectores más concentrados de la economía, el fuerte cuestionamiento a la capacidad (central) del Estado de fijar impuestos, el sentido mismo (y la utilidad última) de la democracia, el o los sentidos de la república, la titularidad del pueblo. Pero hubo algunas cosas más que emergieron entre la resolución de las retenciones y su derogación. En efecto, en esos más de cien días, quedó claro un componente clasista y reaccionario de un sector importante de la sociedad. Frente a los *negros piqueteros* (sin patria, ya que llevaban múltiples banderas partidarias) arriados como ganado por una caja de vino (singularidad que Micky también destaca), se presentaba la gente «bien», republicana y liberal, representada por las familias blancas, patricias, lindas, superiores y propietarias, reunidas bajo una única bandera celeste y blanca. Ya aquí tendríamos varias cosas para desarrollar y trabajar que escapan holgadamente a los modestos fines de este breve ensayo. Sólo quisiera señalar que esa familia, patricia, blanca, propietaria, se presenta a sí misma naturalmente, silenciosamente, como titular de cierta superioridad racial y estética que el grotesco de Capusotto y Saborido vienen alegremente a denunciar, a ponerles palabras duras que, justamente por su dureza e irreverencia, descolocan y permiten repensar críticamente el lugar ocupado por ciertos sectores políticos, económicos y sociales de la Argentina.

Con respecto a la segunda pregunta, la vergonzante, la que nos invita a reconocer en *la voz* a «la gente», categoría horriblemente noventista, y en ese sencillo acto reconocernos a nosotros mismos como incapaces de dar cuenta, de contestar a las peores expresiones de la derecha nacional, de ser cómplices del cantante *pop*, preguntamos entonces, ¿dónde aparece esa voz en la sociedad? Sobre este punto sólo puedo argumentar una sospecha. La voz que consiente, que habilita, que claudica ante el fascismo apareció no una sino varias veces en la historia reciente de nuestro país. Son los acompañamientos silenciosos a los sucesos más aberrantes de nuestra historia. Las complicidades de nuestra sociedad con la dictadura, un acompañamiento festivo y cínico que tuvo sus momentos de «movilización popular», en 1978, con el mundial y en 1982 con Malvinas. O sus momentos de consumo compulsivo, con los viajes esquizofrénicos a

Miami y el *deme dos* mientras se fundía un país entero y se masacraban los cuerpos. Mientras sucedían esos acontecimientos, *la voz* asumía como propia la argumentación pobre del fascismo evidente: «algo habrán hecho», «Argentina campeón del mundo», «argentinos derechos y humanos». Pero un poco más acá también aparece *la voz* claudicante, indolente, progre y pobre, festejando el ingreso al primer mundo. Festejando nuevos viajes a Europa, a Miami y otra vez la plata dulce, el uno a uno, convence a *la voz* y a *la gente* (que ya son lo mismo) y nada importa que, en el medio, millones de personas queden sin trabajo. El nuevo liberalismo trae nuevas consignas, el estado malformado, roban pero hacen, *la voz* no entiende (no quiere entender) y se mete de lleno en la farsa nacional. En el proceso *la voz* se gana la voz (se hace dueña de palabras) y grita su novedad en lo que quiere la gente, en la opinión pública. La ausencia de palabras se adueña de la posibilidad de las palabras, la gente se adueña de los medios que en realidad se adueñan de *la voz* (y de la gente).

Sin embargo, y ya cerrando estas líneas, creo que aparece en el *sketch* de Capusotto y Saborido, un tercer personaje. Ese tercer personaje no es ni Vainilla ni *la voz*, es el espectador, mejor aún, el telespectador. De una manera similar a la que el viejo Hobbes nos invitaba (a sus lectores) a hacer, en el *Leviatán*, ese ejercicio introspectivo, que consistía en ver nuestro corazón (el corazón del hombre moderno), y una vez que lo hacíamos y veíamos lo que teníamos dentro y de lo que éramos capaces, sentíamos miedo (la pasión de Hobbes) y así dábamos fundamento al Estado, Capusotto y Saborido nos invitan a principios del siglo XXI a realizar también introspección. En este viaje hacia nosotros mismos, hacia el interior de nuestra sociedad posmenemista, Capusotto y Saborido nos invitan a ver nuestro corazón y ver de lo que somos capaces. Y si lo hacemos sinceramente (y realmente lo hacemos, por eso la risa y por eso la necesidad –imperativa– del grotesco), veremos cómo lo que emerge no es el miedo, como el lector sincero de Hobbes. Lo que emerge es el asco, rabia, bronca, por lo que somos. Emerge, en el medio de la risa, una crítica feroz a nosotros mismos, al peor yo de nosotros mismos, un sentimiento de desagrado con esos personajes que ya sabemos que somos nosotros. Y, a partir de ahí, de esa inflexión, de ese reconocimiento en la pantalla y de esa necesidad de distanciamiento de ese yo objetivado en la tele, de ese borde que somos ya nosotros mismos, se vuelve indispensable cambiar. Abandonar el progresismo progre que se vuelve cómplice por incapacidad y consentimiento de lo peor de nuestra historia, para adoptar una preocupación genuina por lo público y por el otro.